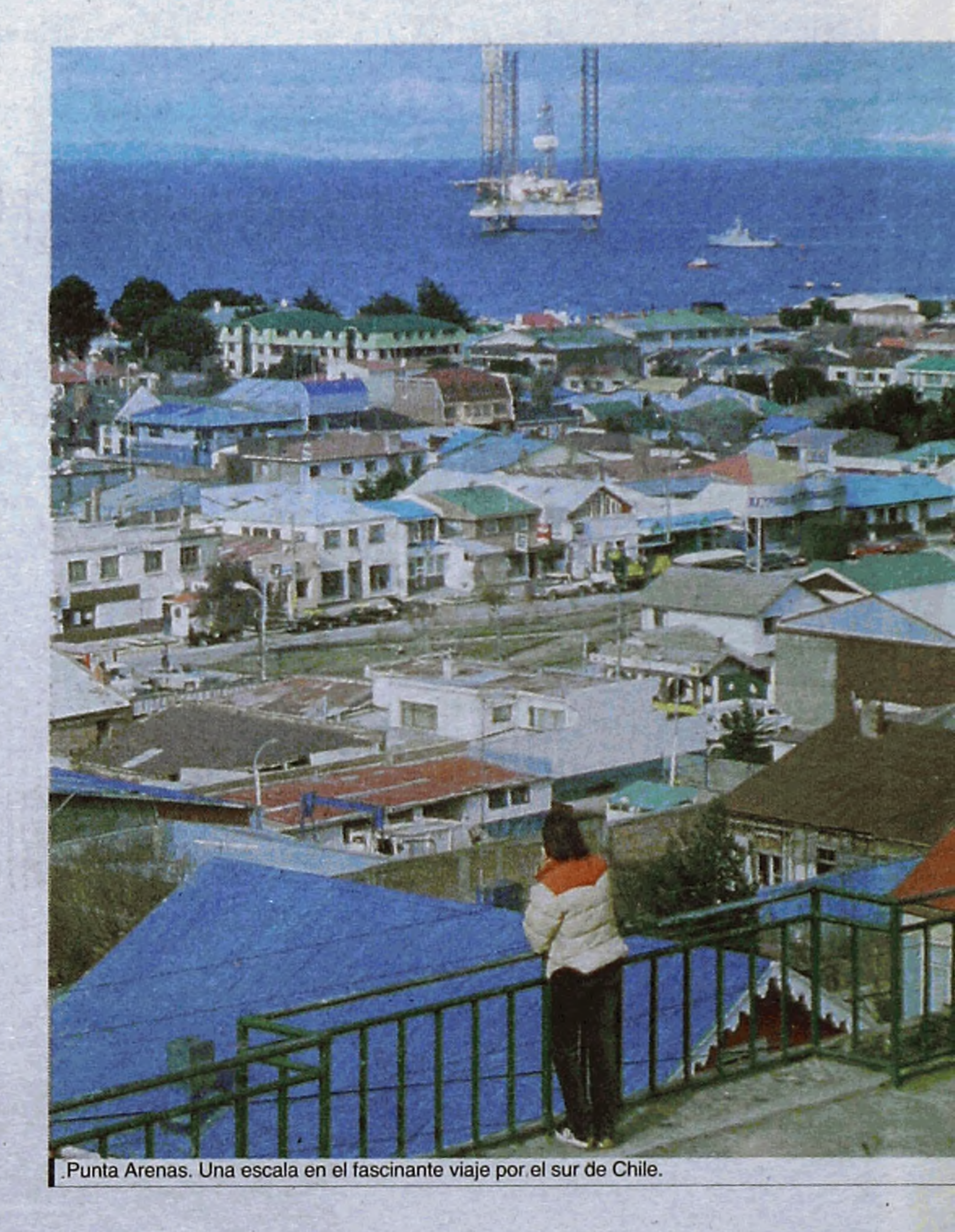
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 29 DE DICIEMBRE DE 2002
Turismo | 12

ESTANCIAS EN LA SELVA

En Misiones, una estadía en el casco de una estancia rodeada por la selva y a pocos metros del río Paraná


Punta Arenas. Una escala en el fascinante viaje por el sur de Chile.

TEXTO Y FOTOS:
GRACIELA CUTULI

Donde reina el silencio, las formas hablan. En el sur de Chile, donde la Patagonia es apenas una lengua de tierra, montañas, lagos y fiordos que bajan de la Cordillera hacia el Pacífico, hay un lugar donde la naturaleza parece hablar un idioma celestial: es el Parque Nacional Torres del Paine. Aunque se lo visita todo el año, el verano es la temporada ideal porque permite descubrirlo con el cielo despejado y recorrer hasta el corazón los circuitos que se adentran por las montañas y glaciares, bordeados de prados floridos donde es fácil acercarse a los guanacos y zorros que, sin timidez, viven en este paraíso. Sin embargo, cualquiera sea la estación, hay un acompañante permanente: el viento, único elemento constante de un clima imprevisible, embate sin cesar los picos montañosos y los ventisqueros donde duermen antiguas leyendas. Cuenta una de ellas: "Quien no haya estado en la Patagonia o en Tierra del Fuego, no puede comprender el gran silencio que allí reina. Por eso, un ruido liviano puede molestar a los genios, y así sucedió con unos yaganes que, al ver volar una bandurria al terminar el invierno, se entusiasmaron y gritaron de contento. La bandurria, que es genio por derecho propio, quedó disgustada por la violación del silencio andino y decidió castigar a los irreverentes. Envió grandes tormentas de nieve que paralizaron todo. (...)

Desde entonces los yaganes comenzaron a tratar a la bandurria con gran respeto, y cuando ella sobrevuela sus cabañas la gente permanece silenciosa". Igualmente silenciosos, no de temor sino de admiración, quedan quienes asisten por primera vez al magnífico espectáculo de Torres del Paine.

EN EL LUGAR AZULADO El Macizo del Paine ("lugar azulado" en el idioma de los indios) tiene una larga historia. Empezó hace unos 12 millones de años, cuando las capas sedimentarias superiores de la corteza terrestre fueron violentamente empujadas hacia arriba por una explosión de rocas ígneas y formaron una masa que hoy supera los 3000 metros de altura en la "pampa patagónica", separada de la Cordillera de los Andes. El agua y el viento hicieron el resto. Hoy, Torres del Paine es un verdadero santuario natural que cada año atrae a turistas y caminantes de montaña de todo el mundo. Sin contar a los escaladores, que en las paredes de estas torres –donde hay verticales de más de 1000 metros– encuentran un desafío sólo apto para expertos.

El parque está dividido en ocho sectores: Laguna Azul, Laguna Amarga, Lago Sarmiento, Laguna Verde, Lago Pehoé, Lago Grey, Lago Toro y Lago Paine. En los cuatro primeros hay otras tantas vías de ingreso.

El circuito más completo que se puede realizar es la circunvalación del parque, que lleva entre seis y ocho días según el ritmo de marcha, y atraviesa glaciares, ríos y bosques de lengas. Para esta travesía hay que ser un trekker entrenado, y recordar que por razones de conservación –este parque forma parte de la red de Internacional de Reservas de la Biosfera de la Unesco– los senderos están pautados: no se puede ni caminar, ni cabalgar ni andar en bicicleta a campo traviesa, sino que es preciso respetar los circuitos previamente establecidos por los guías y la administración. Sin embargo, se puede empezar también con caminatas más sencillas hasta adquirir algo de práctica: hay muchas variantes que llevan entre dos y cinco horas, recorriendo distintos refugios, guarderías (base de los guardaparques) y lagos. Estas guarderías son el punto de partida ideal, ya que allí los guardaparques pueden dar todas las indicaciones necesarias respecto del estado de los senderos y las nuevas disposiciones que vayan surgiendo para los recorridos.

CAMINANDO POR LAS PICADAS Una buena opción para empezar es la caminata que va desde el Salto Chico, situado junto al Hotel Explora –justo frente al lago Pehoé y los

CHILE *Por las Torres del Paine*

Castillos de roca

El Parque Nacional de Torres del Paine, en el sur de Chile, debe su nombre a los picos que se erigen como torres de un castillo, puntas agudas de un macizo aislado entre la Cordillera y el Pacífico. Es un verdadero paraíso para quien quiera combinar la naturaleza con el turismo activo.



Las aguas del lago reflejan el imponente Macizo del Paine que la naturaleza formó hace 12 millones de años.



El Salto Grande, una cascada impresionante por el caudal y la fuerza del agua.

Cuernos del Paine– hacia el mirador del Lago Nordenskjöld. Entre arbustos, líquenes y pequeños macizos de flores, la picada llega hasta el refugio Pudeto y el Salto Grande, una cascadaimpresionante por el caudal y la fuerza del agua. Más adelante, tras bordear el brazo sur del Nordenskjöld, se llega a orillas del lago, exactamente frente al macizo del Paine: como en una postal donde sólo se mueven el agua y las nubes, se alzan inmóviles e imponentes los Cuernos del Paine –muy fáciles de distinguir porque tienen la punta coronada por roca sedimentaria de color oscuro–, el Paine Grande y el Almirante Nieto. Hacia atrás, se divisan el Glaciar del Francés y las Torres del Paine. Desde aquí no se ven de frente: para eso, hay que bordear el macizo hacia atrás, en otra larga caminata, o cruzar el lago Pehoé en lancha, saliendo del Salto Chico, hasta el refugio Pehoé. Otras montañas célebres del Parque son el Grupo del Cerro Catedral –en el sector occidental del Valle del Francés–, el Cerro Negro y los Mellizos, la Aleta del Tiburón (una afilada montaña de granito que culmina en una estrecha cumbre), el Grupo del Escudo y las Torres del Francés (la Espada, la Hoja y la Máscara).

Otra excursión de medio día sale del Salto Chico hacia el sur para llegar hasta la península del Lago Grey después de haber bordeado el río Paine y cruzado el río Pingo por un puente colgante frágil y angosto que no soporta más de 200 kilos a la vez. Del otro lado del puente, un sombreado bosque de lengas y ñires pone la última barrera antes de que se extienda bajo los pies una extensísima playa de piedras oscuras: es la morena del glaciar Grey, una de las últimas lenguas de los Hielos Continentales (que en Chile se conocen como Campo de Hielo Sur, ya que hay otro Campo de Hielo Norte). Frente a la morena, el lago, y sobre él los témpanos desprendidos del glaciar, cuyos picos de hielo se divisan apenas un poco más lejos. Cuando empieza a bajar el sol, el frío se hace sentir: pero basta combatirlo con el último esfuerzo, un pequeño ascenso hacia el mirador que se encuentra al final de la morena. Desde la cima, se divisa el ancho lago salpicado de témpanos y agujas de hielo que se derriten lentamente, mientras el Paine Grande parece vigilar desde el fondo que nadie quiebre el sagrado silencio de la escena.

Además de caminar, el Parque Torres del Paine se puede recorrer en bicicleta –sólo por los caminos habilitados para el transporte público, que de todos modos llevan hacia los principales puntos turísticos–, a caballo (en las estancias cercanas se pueden alquilar los animales para realizar cabalgatas en algunos sectores, como el Lago Pehoé, Laguna Azul y Laguna Amarga) o bajando los ríos en balsas y kayaks. Los cursos de agua son dificultosos, pero es posible realizar descensos en los ríos Grey, Paine y Serrano.

GUANACOS Y FLORES SILVESTRES Cualquiera sea la forma elegida para recorrer estos circuitos, hay algo que sobresale entre la belleza del paisaje y que es sin duda uno de los aspectos más fascinantes de Torres del Paine: la abundancia y accesibilidad de la fauna. La estrella indiscutible es el guanaco, disperso en los sectores de Laguna Azul, Laguna Amarga, Lago Sarmiento, Laguna Verde y Lago Pehoé. El verano es la época de reproducción de estos animales, que aquí parecen haber perdido asombrosamente el miedo ancestral a la cercanía humana: a medida que se divisan las manadas compactas de guanacos y chulengos (el nombre que se les da a sus crías, hasta el año), es posible acercarse hasta una distancia impensable en otros lugares y verlos pastar tranquilamente con el espléndido fondo del macizo montañoso. Es el paraíso de los fotógrafos, que podrán volver a sus casas con decenas de primeros planos de guanacos y otros animales. Entre ellos, zorros, cisnes de cuello negro, liebres, maras, caranchos, caiquenes, pájaros carpinteros y hasta cóndores, que suelen bajar a los valles a comer. Aunque es un ave esquiva, muchos consiguen divisarlo perfectamente, hasta que se aleja de nuevo hacia lo alto de los Andes. La "figurita difícil" es el sigiloso puma, del que hay unos pocos cientos de ejemplares en el parque, pero sumamente huidizos y solitarios: sólo los expertos, después de varios días de rastreo de sus huellas, consiguen a veces dar con ellos y distinguir su silueta parda idéntica a los colores de la estepa patagónica.

Finalmente, aunque es menos llamativa, también la flora de Torres del Paine presenta una riqueza inusitada para estas latitudes. Los expertos la clasifican en cuatro grandes grupos, que se distribuyen en forma irregular y hasta superpuesta: la estepa, el matorral preandino, el bosque magallánico y el desierto andino. Lo cierto es que resulta casi un milagro ver asomar entre las matas de coirón y neneo los colores deliciosos del "zapatito de la virgen", el "ojo de gato", las campanillas y anémonas que crecen en forma silvestre en casi todo el parque. Por las dudas, no habrá que irse sin cumplir una tradición que florece aquí tanto como de este lado de la Cordillera: probar los frutos azules del calafate, que aseguran un feliz regreso a este paraíso del sur de la tierra.

DATOS UTILES

Cómo llegar: El Parque Nacional Torres del Paine está situado en la XII Región chilena. Se puede llegar en avión vía Santiago de Chile y Punta Arenas, a 400 kilómetros de distancia (desde allí sigue un recorrido en ómnibus de seis horas hasta el interior del Parque). Otro punto de partida es la cercana localidad (150 kilómetros) de Puerto Natales. En verano salen ómnibus diariamente desde Puerto Natales hasta el Parque (se paga entrada).

Alojamiento: Las opciones de alojamiento dentro del Parque son muy variadas. El hotel de más categoría es el Explora, junto al Salto Chico. En Laguna Amarga, cerca de la base de las Torres, se encuentra la hostería y camping Las Torres. Cerca del Explora, sobre un islote del Lago Pehoé, la hostería Pehoé tiene una ubicación privilegiada frente al Macizo del Paine. Además, están la posada Río Serrano (sector de la administración), la hostería Lago Grey en la orilla sur del Lago Grey, y hay cabañas junto al río Serrano y Laguna Azul.

Escaladas: Los escaladores que quieran realizar alguna ascensión o caminar sobre el hielo deben seguir varios pasos: conseguir un permiso de la Dirección de Fronteras y Límites (se consigue en Santiago de Chile, en las embajadas y consulados); firmar un formulario donde se especifican derechos y obligaciones; pagar un derecho de escalada.

Pesca: El río Serrano, que lleva aguas del Lago del Toro hacia el mar, es rico en salmónidos que atraen a los amantes de la pesca con mosca (consultar en el parque las disposiciones sobre permiso, temporadas de pesca y cantidad de piezas autorizadas).

MISIONES *Una estadía en la estancia La Misionera*

Cuando la selva no es

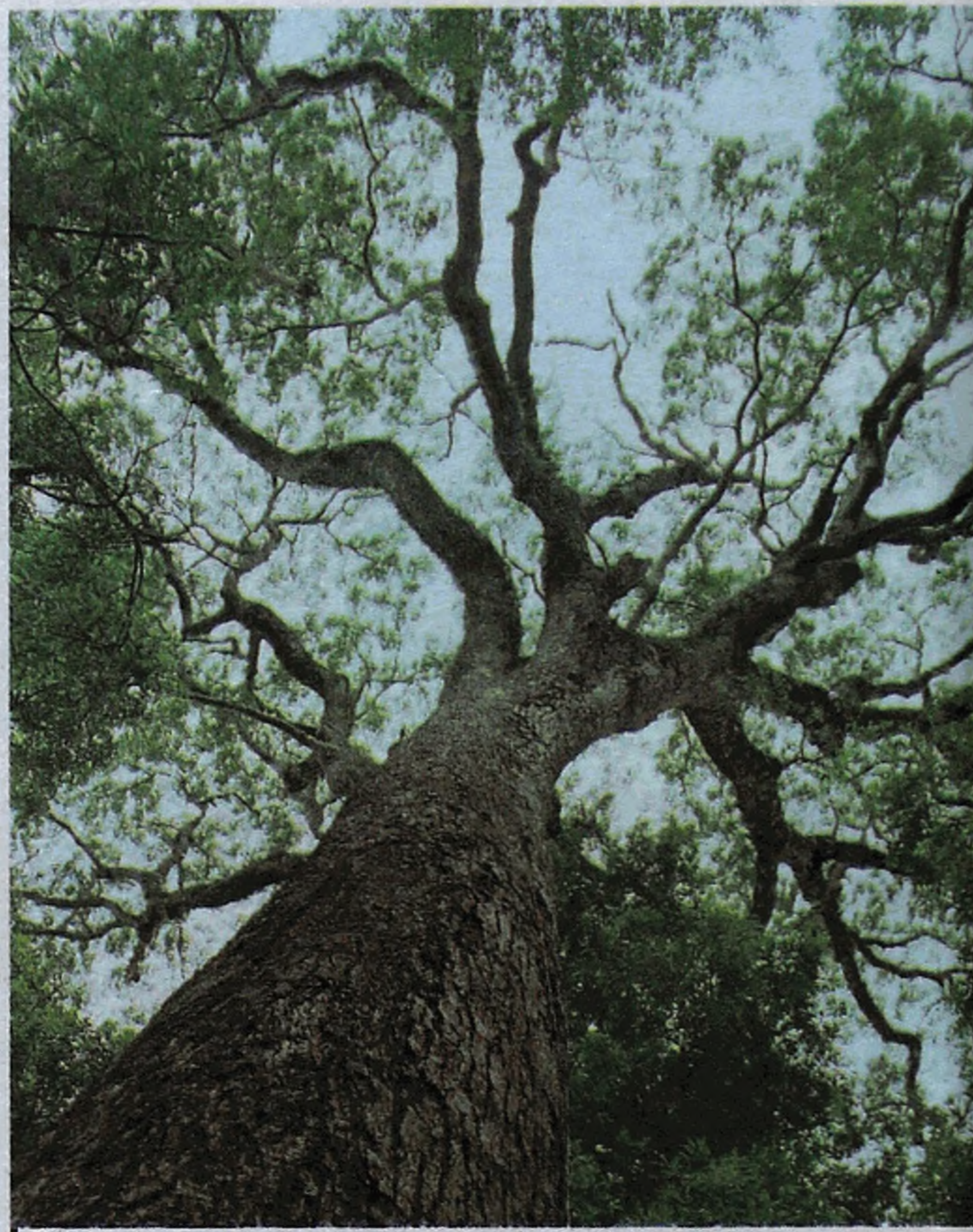
POR JULIAN VARSAVSKY

A orillas del río Paraná, y a 130 kilómetros de Puerto Iguazú, la estancia La Misionera produce desde hace 80 años té y yerba mate. Y desde 1999 también recibe turistas en su casco en medio de la selva. Un criadero de yaguaretés, pesca de dorados y surubíes, cabalgatas y un trekking por la selva en los alrededores de Caraguatay.

Al desviarnos de la Ruta 12 por un camino de tierra roja hacia la estancia La Misionera, nos sumergimos de lleno en la selva más pura, que de repente desaparece por completo en las bajas plantaciones de yerba mate y nuevamente se levanta, como de un salto, en sucesivos telones de vegetación.

Al llegar al casco de la estancia las lianas rozan el vidrio del auto, un hecho menor que resume la total esencia silvestre de una estadía en La Misionera: alojarse aquí implica estar virtualmente asediados por la selva. Las habitaciones están rodeadas por una galería abierta y cada puerta da directamente hacia afuera, hacia la espesura vegetal. El piso está elevado medio metro sobre el suelo para mantener a raya a la fauna, pero allí abajo, atraídos por las luces de los faroles en la noche, están los sapos mirando hacia arriba mientras ofrecen una graciosa serenata en medio del silencio más absoluto. Quien lo desee puede dormir con la puerta abierta; en el entresueño percibirá el olor a hongos, madera y tierra mojada que llega desde la selva y se cuela por la tela mosquitera.

Durante el día la fauna también se acerca a reclamar su espacio. Toda clase de pájaros, incluyendo a los tucanes de pico verde, revolotean por el parque. Pero las golondrinas son las que más han avanzado en la contienda, y anidan desde hace 25 años en una viga de madera que sostiene la galería con arcadas de ladrillo bajo la cual almorzamos. Un zorro se escabulle a lo lejos entre unos arbustos, e increíblemente un armadillo aparece junto a las mesas y corretea entre las piernas de los comensales.



El timbó gigante de la estancia es uno de los más altos de la provincia.

UN JARDIN EN LA ESPESURA El casco de La Misionera está rodeado de frondosos árboles que lo cubren con su sombra y hay una refrescante piscina en medio de un jardín con altos lapachos negros llenos de orquídeas, un palo borracho, dos cañafístolas, una gran cañada de bambú de tipo tacuara amarilla, eucaliptos, bananos y palmeras pindó. En las alturas de los árboles suelen verse algunos monitos caí saltando de rama en rama. Y muy cerca de allí, a unos 30 metros de las habitaciones, fluye el río Paraná. En la estancia aseguran que tanta sombra y tanta agua atenúan notablemente el calor del verano.

La historia de La Misionera arranca en 1926, en una época en que vastos sectores de la selva misionera se vendían a colonos llegados de Europa, Brasil y Paraguay. Aun en la actualidad la estancia sigue produciendo té, yerba mate y madera de pino en un área de 2500 hectáreas. Edesio González, gerente turístico del establecimiento, recibe personalmente a los huéspedes y les describe las instalaciones. El casco de estilo neocolonial es de los años '20, mientras que el anexo con las siete habitaciones es de 1944. Los espaciosos cuartos tienen un techo interior de madera que está a 4 metros de altura para mantener el ambiente a temperatura agradable. No tienen aire acondicionado porque lo consideran un impedimento para percibir con todos los sentidos la intensa naturaleza que envuelve al lugar. Pero cuentan con un silencioso ventilador de techo. Los baños son asombrosamente grandes, al estilo de las viejas estancias. Las ventanas, por supuesto, tienen vista al río y al jardín. Las habitaciones cuestan desde $ 20 (con desayuno) en adelante.

A GOLPE DE MACHETE Una caminata por la selva es uno de los atractivos que distinguen a la estancia. Ramón Otazú es un guía local nacido en Caraguatay que trabaja en La Misionera y se especializa en observación de aves. En los últimos años ha contabilizado 226 especies. Con una vista de lince, Ramón descubre numerosos ejemplares entre el follaje: el carpintero arco iris y el



La pileta, el jardín y los árboles que la rodea

ENCUENTRO CON YAGUARETES

Desde La Misionera parte una excursión en auto por un camino de tierra hasta la casa de Siger Waidelich, un descendiente de alemanes que vive solo en una casa de madera en medio de la selva. El señor Waidelich, que aparenta unos 60 años y habla con marcado acento alemán, vive de la ganadería y se dedica a cría de yaguaretés desde hace 12 años. Empezó a atraparlos con jaulas de madera para que no arrasaran con su ganado, evitando así tener que matarlos, una práctica muy común en la zona. En cautiverio nacieron otros dos ejemplares que reciben la atención constante de veterinarios. Además, Waidelich tiene un permiso de tenencia de los animales emitido por las autoridades provinciales encargadas de preservar la ecología.

Todo viajero que quiera conocer las mascotas de Waidelich puede hacerlo de manera gratuita (la única exigencia es que vayan los domingos, su día de descanso). En jaulas individuales y dobles hay un total de siete yaguaretés. En los alrededores hay otras jaulas con tucanes de distintas especies, pero la atracción que ejercen los felinos deja a las aves en segundo plano. No estamos en un zoológico sino en el fondo de la casa del señor Waidelich, así que los animales no están acostumbrados a recibir demasiadas visitas. Allí nos paramos al lado de unas jaulas casi artesanales, frente a frente con los yaguaretés. La inquietud se respira en el aire, de un lado y del otro de los barrotes. Un tenso silencio nos permite oír su respiración ansiosa y los vemos abrir la boca lentamente para mostrarnos los colmillos. Con la boca abierta al máximo lanzan un terrorífico soplido y largos rugidos. Por más que la jaula parezca segura, un escozor de cercanía con la muerte se expande por nuestro cuerpo.



El señor Waidelich roza provocativamente la tela metálica con un palito y dos fieras nos saltan a la cara volando desde la otra punta de la jaula, pero se chocan con el metal y quedan sostenidas de las garras en posición horizontal, rugiendo sin cesar.

El yaguareté, junto con el águila arpía, son los cazadores más grandes y poderosos de la selva americana; uno reina en las alturas y el otro en tierra firme. Carecen de predadores naturales y son cazadores temibles. El yaguareté macho llega a pesar hasta 100 kilogramos. Además de buenos nadadores, estos felinos pueden treparse a los árboles para sorprender a sus presas, camuflados entre las ramas por las manchas de su piel.

A pesar de su poderío, el yaguareté está seriamente amenazado. Su piel es muy codiciada y un ejemplar muerto puede valer hasta 20 mil pesos. Además necesitan enormes extensiones de terreno para poder conseguir su alimento, pero la superficie de la selva en todo el continente sigue disminuyendo cada vez más, colocándolo al borde de la extinción.

MISIONES *Una estadía en la estancia La Misionera*

Cuando la selva no es cuento

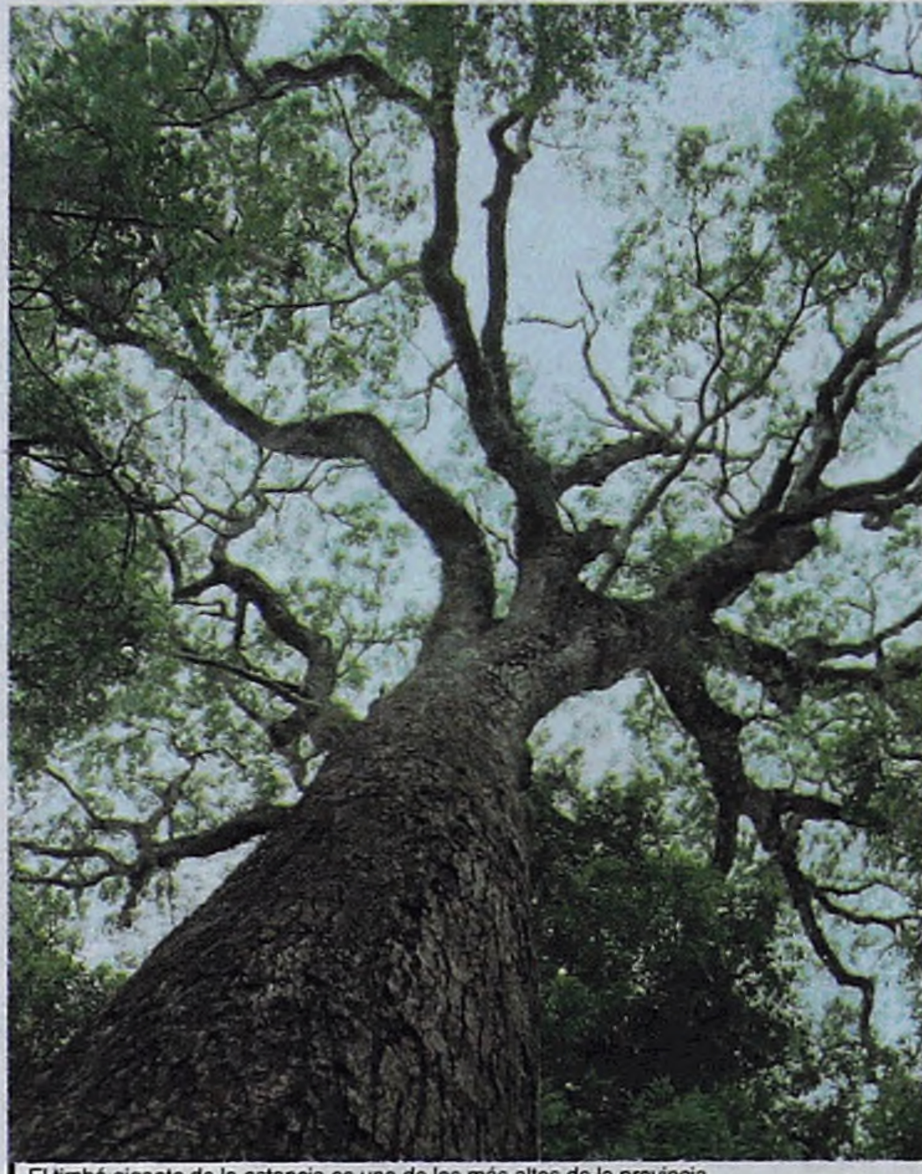
POR JULIAN VARSAVSKY

A orillas del río Paraná, y a 130 kilómetros de Puerto Iguazú, la estancia La Misionera produce desde hace 80 años té y yerba mate. Y desde 1999 también recibe turistas en su casco en medio de la selva. Un criadero de yaguaretés, pesca de dorados y surubíes, cabalgatas y un trekking por la selva en los alrededores de Caraguatay.

Al desviarnos de la Ruta 12 por un camino de tierra roja hacia la estancia La Misionera, nos sumergimos de lleno en la selva más pura, que de repente desaparece por completo en las bajas plantaciones de yerba mate y nuevamente se levanta, como de un salto, en sucesivos telones de vegetación.

Al llegar al casco de la estancia las lianas rozan el vidrio del auto, un hecho menor que resume la total esencia silvestre de una estadía en La Misionera: alojarse aquí implica estar virtualmente asediados por la selva. Las habitaciones están rodeadas por una galería abierta y cada puerta da directamente hacia afuera, hacia la espesura vegetal. El piso está elevado medio metro sobre el suelo para mantener a raya a la fauna, pero allí abajo, atraídos por las luces de los faroles en la noche, están los sapos mirando hacia arriba mientras ofrecen una graciosa serenata en medio del silencio más absoluto. Quien lo desee puede dormir con la puerta abierta; en el entresueño percibirá el olor a hongos, madera y tierra mojada que llega desde la selva y se cuela por la tela mosquitera.

Durante el día la fauna también se acerca a reclamar su espacio. Toda clase de pájaros, incluyendo a los tucanes de pico verde, revolotean por el parque. Pero las golondrinas son las que más han avanzado en la contienda, y anidan desde hace 25 años en una viga de madera que sostiene la galería con arcadas de ladrillo bajo la cual almorzamos. Un zorro se escabulle a lo lejos entre unos arbustos, e increíblemente un armadillo aparece junto a las mesas y corretea entre las piernas de los comensales.


El timbó gigante de la estancia es uno de los más altos de la provincia.

UN JARDIN EN LA ESPESURA El casco de La Misionera está rodeado de frondosos árboles que lo cubren con su sombra y hay una refrescante piscina en medio de un jardín con altos lapachos negros llenos de orquídeas, un palo borracho, dos cañafístolas, una gran cañada de bambú de tipo tacuara amarilla, eucaliptos, bananos y palmeras pindó. En las alturas de los árboles suelen verse algunos monitos caí saltando de rama en rama. Y muy cerca de allí, a unos 30 metros de las habitaciones, fluye el río Paraná. En la estancia aseguran que tanta sombra y tanta agua atenúan notablemente el calor del verano.

La historia de La Misionera arranca en 1926, en una época en que vastos sectores de la selva misionera se vendían a colonos llegados de Europa, Brasil y Paraguay. Aun en la actualidad la estancia sigue produciendo té, yerba mate y madera de pino en un área de 2500 hectáreas. Edesio González, gerente turístico del establecimiento, recibe personalmente a los huéspedes y les describe las instalaciones. El casco de estilo neocolonial es de los años '20, mientras que el anexo con las siete habitaciones es de 1944. Los espaciosos cuartos tienen un techo interior de madera que está a 4 metros de altura para mantener el ambiente a temperatura agradable. No tienen aire acondicionado porque lo consideran un impedimento para percibir con todos los sentidos la intensa naturaleza que envuelve al lugar. Pero cuentan con un silencioso ventilador de techo. Los baños son asombrosamente grandes, al estilo de las viejas estancias. Las ventanas, por supuesto, tienen vista al río y al jardín. Las habitaciones cuestan desde $ 20 (con desayuno) en adelante.

A GOLPE DE MACHETE Una caminata por la selva es uno de los atractivos que distinguen a la estancia. Ramón Otazú es un guía local nacido en Caraguatay que trabaja en La Misionera y se especializa en observación de aves. En los últimos años ha contabilizado 226 especies. Con una vista de lince, Ramón descubre numerosos ejemplares entre el follaje: el carpintero arco iris y el blanco, el anó quirirí –de color azulado y 41 centímetros de largo–, el surucuá amarillo, el tingasú y el arsaribanana, de la familia de los tucanos. Avanzamos por un estrecho sendero con la ayuda de un machete para quitar del medio algunos arbustos. Una barroca proliferación de tallos, lianas y raíces se agarran unos a otros con firmeza, y pareciera que todos los árboles de la selva estuvieseninterconectados entre sí, formando un entramado de infinitas combinaciones. Luego de media hora de caminata, al final del sendero, nos encontramos con la sorpresa de los restos de piedra de una antigua casa; la misma en que fue gestado Ernesto "Che" Guevara y donde también habitó los primeros años de su vida. En este lugar, Ernesto Guevara Lynch (padre) y Celia de la Serna tuvieron un establecimiento rural que debieron abandonar por los problemas de asma de su pequeño hijo.


La pileta, el jardín y los árboles que la rodean. Un oasis en el calor misionero.

PECES Y CABALLOS El río Paraná es el otro ámbito donde desarrollan sus paseos los huéspedes de La Misionera. Por un lado, está la visita a la Isla de Caraguatay, con una hermosa playa y senderos peatonales. El paseo incluye un desvío por un angosto afluente encerrado por la selva. Muchos huéspedes optan por un día de pesca embarcada de dorados, que en ciertos lugares alcanzan muy buenos portes. La veda de pesca se levantó el pasado 15 de diciembre, y en esta zona el Paraná también es pródigo en bagres y surubíes.

Para muchos de los visitantes de La Misionera, la mejor experiencia es una cabalgata por la selva que parte de un establecimiento agrícola de 540 hectáreas en las afueras de Colonia Caraguatay. La encargada de las cabalgatas es Mariela Seifer, una veterinaria descendiente de alemanes que se dedica a criar caballos. Su erudito conocimiento de la selva nos permite descubrir especies que de otra forma pasarían desapercibidas, como numerosas orquídeas salvajes y helechos gigantes que brotan por doquier.


Casco de la estancia La Misionera. Un muy buen lugar para turismo selvático.

EL TIMBO GIGANTE Desde La Misionera se realiza una excursión al Refugio de Vida Silvestre "Timbó Gigante", ubicado dentro de la estancia, que se creó con la finalidad de preservar la selva paranaense junto al arroyo Paraná-Guazú. El proyecto –una iniciativa de los dueños de la estancia y de la Fundación Vida Silvestre se diseñó en torno de un antiquísimo ejemplar de timbó gigante. El árbol mide 42 metros de altura y tiene un tallo de 2,10 metros de diámetro, coronado por una copa con forma de sombrilla de 6,50 metros de circunferencia. El timbó es una especie autóctona y uno de los gigantes de la selva paranaense.

En Misiones más de la mitad de la superficie de selva original ha sido reemplazada por cultivos y forestaciones de pino. Una de las consecuencias es que la especie timbó se encuentra amenazada. Su fruto es una pequeña baya negra con forma de oreja llamada por los guaraníes cambá nambi (oreja negra) que sirve para alimentar a varias clases de mamíferos. La copa del timbó sobresale claramente por encima del techo de la selva.

La zona que rodea al timbó gigante es ideal para observar la descarnada competencia vegetal por el acceso a la luz en la densidad de la selva. Al mirar con detenimiento se descubre un verdadero duelo de titanes que se estrangulan unos a otros, en una aparente inmovilidad. Las gruesas ramas de los árboles se doblan en zigzag tratando de evadir los embates del adversario, y entre todos terminan formando una caótica maraña vegetal.

ENCUENTRO CON YAGUARETES

Desde La Misionera parte una excursión en auto por un camino de tierra hasta la casa de Siger Waidelich, un descendiente de alemanes que vive solo en una casa de madera en medio de la selva. El señor Waidelich, que aparenta unos 60 años y habla con marcado acento alemán, vive de la ganadería y se dedica a cría de yaguaretés desde hace 12 años. Empezó a atraparlos con jaulas de madera para que no arrasaran con su ganado, evitando así tener que matarlos, una práctica muy común en la zona. En cautiverio nacieron otros dos ejemplares que reciben la atención constante de veterinarios. Además, Waidelich tiene un permiso de tenencia de los animales emitido por las autoridades provinciales encargadas de preservar la ecología.

Todo viajero que quiera conocer las mascotas de Waidelich puede hacerlo de manera gratuita (la única exigencia es que vayan los domingos, su día de descanso). En jaulas individuales y dobles hay un total de siete yaguaretés. En los alrededores hay otras jaulas con tucanes de distintas especies, pero la atracción que ejercen los felinos deja a las aves en segundo plano. No estamos en un zoológico sino en el fondo de la casa del señor Waidelich, así que los animales no están acostumbrados a recibir demasiadas visitas. Allí nos paramos al lado de unas jaulas casi artesanales, frente a frente con los yaguaretés. La inquietud se respira en el aire, de un lado y del otro de los barrotes. Un tenso silencio nos permite oír su respiración ansiosa y los vemos abrir la boca lentamente para mostrarnos los colmillos. Con la boca abierta al máximo lanzan un terrorífico soplido y largos rugidos. Por más que la jaula parezca segura, un escozor de cercanía con la muerte se expande por nuestro cuerpo.



El señor Waidelich roza provocativamente la tela metálica con un palito y dos fieras nos saltan a la cara volando desde la otra punta de la jaula, pero se chocan con el metal y quedan sostenidas de las garras en posición horizontal, rugiendo sin cesar.

El yaguareté, junto con el águila arpía, son los cazadores más grandes y poderosos de la selva americana; uno reina en las alturas y el otro en tierra firme. Carecen de predadores naturales y son cazadores temibles. El yaguareté macho llega a pesar hasta 100 kilogramos. Además de buenos nadadores, estos felinos pueden treparse a los árboles para sorprender a sus presas, camuflados entre las ramas por las manchas de su piel.

A pesar de su poderío, el yaguareté está seriamente amenazado. Su piel es muy codiciada y un ejemplar muerto puede valer hasta 20 mil pesos. Además necesitan enormes extensiones de terreno para poder conseguir su alimento, pero la superficie de la selva en todo el continente sigue disminuyendo cada vez más, colocándolo al borde de la extinción.

DATOS UTILES

Cómo llegar: La empresa de micros Crucero del Norte tiene 5 viajes diarios a Iguazú (La Misionera queda en Caraguatay, 130 kilómetros antes de Cataratas). El pasaje en el servicio semi cama cuesta $ 69 y el coche cama $ 74. Además hay un servicio de coche-suite con un ancho asiento acolchonado que se reclina 180 grados. El servicio incluye una cena con entrada de plato frío, plato caliente, postre, whisky y vino. El precio es de $ 82. Se tardan 14 horas y por lo general se viaja de noche para llegar a la mañana. Reservas: 4315-1652/0478 www.crucerodelnorte.com.ar

Cuánto cuesta: En La Misionera hay un total de siete habitaciones. Cuatro tienen baño compartido y cuestan $ 20 por persona, con desayuno. Una habitación matrimonial con baño privado cuesta $ 30 por persona (con desayuno). Hay una promoción de alojamiento con pensión completa y bebidas más actividades recreativas que cuesta $ 100 por persona. El alojamiento con media pensión cuesta $ 60. Pasar el día en la estancia, utilizando la piscina, cuesta $ 10. La gastronomía incluye chuletas de cerdo, ñoquis de mandioca, pollo asado sobre un disco de arado, mandioca frita, chipá y diversos platos de comida casera. Una cabalgata de una hora cuesta $ 15 y la visita al Timbó Gigante, la casa de Ernesto Guevara y las plantaciones de yerba mate cuesta $ 20.

Reservas en Buenos Aires: Cangallo 153 (Ramos Mejía) Tel.: 0800-666-4698 4469-2610 / 4464. Teléfono en la estancia: 03751-480006 E-mail: lamisionera@aseturmisiones.com Sitio web: www.aseturmisiones.com

cuento

blanco, el anó quirirí –de color azulado y 41 centímetros de largo–, el surucuá amarillo, el tingasú y el arsaribanana, de la familia de los tucanos. Avanzamos por un estrecho sendero con la ayuda de un machete para quitar del medio algunos arbustos. Una barroca proliferación de tallos, lianas y raíces se agarran unos a otros con firmeza, y pareciera que todos los árboles de la selva estuviesen interconectados entre sí, formando un entramado de infinitas combinaciones. Luego de media hora de caminata, al final del sendero, nos encontramos con la sorpresa de los restos de piedra de una antigua casa; la misma en que fue gestado Ernesto "Che" Guevara y donde también habitó los primeros años de su vida. En este lugar, Ernesto Guevara Lynch (padre) y Celia de la Serna tuvieron un establecimiento rural que debieron abandonar por los problemas de asma de su pequeño hijo.

PECES Y CABALLOS El río Paraná es el otro ámbito donde desarrollan sus paseos los huéspedes de La Misionera. Por un lado, está la visita a la Isla de Caraguatay, con una hermosa playa y senderos peatonales. El paseo incluye un desvío por un angosto afluente encerrado por la selva. Muchos huéspedes optan por un día de pesca embarcada de dorados, que en ciertos lugares alcanzan muy buenos portes. La veda de pesca se levantó el pasado 15 de diciembre, y en esta zona el Paraná también es pródigo en bagres y surubíes.

Para muchos de los visitantes de La Misionera, la mejor experiencia es una cabalgata por la selva que parte de un establecimiento agrícola de 540 hectáreas en las afueras de Colonia Caraguatay. La encargada de las cabalgatas es Mariela Seifer, una veterinaria descendiente de alemanes que se dedica a criar caballos. Su erudito conocimiento de la selva nos permite descubrir especies que de otra forma pasarían desapercibidas, como numerosas orquídeas salvajes y helechos gigantes que brotan por doquier.

EL TIMBO GIGANTE Desde La Misionera se realiza una excursión al Refugio de Vida Silvestre "Timbó Gigante", ubicado dentro de la estancia, que se creó con la finalidad de preservar la selva paranaense junto al arroyo Paraná-Guazú. El proyecto –una iniciativa de los dueños de la estancia y de la Fundación Vida Silvestre se diseñó en torno de un antiquísimo ejemplar de timbó gigante. El árbol mide 42 metros de altura y tiene un tallo de 2,10 metros de diámetro, coronado por una copa con forma de sombrilla de 6,50 metros de circunferencia. El timbó es una especie autóctona y uno de los gigantes de la selva paranaense.

En Misiones más de la mitad de la superficie de selva original ha sido reemplazada por cultivos y forestaciones de pino. Una de las consecuencias es que la especie timbó se encuentra amenazada. Su fruto es una pequeña baya negra con forma de oreja llamada por los guaraníes cambá nambi (oreja negra) que sirve para alimentar a varias clases de mamíferos. La copa del timbó sobresale claramente por encima del techo de la selva.

La zona que rodea al timbó gigante es ideal para observar la descarnada competencia vegetal por el acceso a la luz en la densidad de la selva. Al mirar con detenimiento se descubre un verdadero duelo de titanes que se estrangulan unos a otros, en una aparente inmovilidad. Las gruesas ramas de los árboles se doblan en zigzag tratando de evadir los embates del adversario, y entre todos terminan formando una caótica maraña vegetal.



Casco de la estancia La Misionera. Un muy buen lugar para turismo selvático.



Un oasis en el calor misionero.

DATOS UTILES

Cómo llegar: La empresa de micros Crucero del Norte tiene 5 viajes diarios a Iguazú (La Misionera queda en Caraguatay, 130 kilómetros antes de Cataratas). El pasaje en el servicio semi cama cuesta $ 69 y el coche cama $ 74. Además hay un servicio de coche-suite con un ancho asiento acolchonado que se reclina 180 grados. El servicio incluye una cena con entrada de plato frío, plato caliente, postre, whisky y vino. El precio es de $ 82. Se tardan 14 horas y por lo general se viaja de noche para llegar a la mañana. Reservas: 4315-1652/0478 www.crucerodelnorte.com.ar

Cuánto cuesta: En La Misionera hay un total de siete habitaciones. Cuatro tienen baño compartido y cuestan $ 20 por persona, con desayuno. Una habitación matrimonial con baño privado cuesta $ 30 por persona (con desayuno). Hay una promoción de alojamiento con pensión completa y bebidas más actividades recreativas que cuesta $ 100 por persona. El alojamiento con media pensión cuesta $ 60. Pasar el día en la estancia, utilizando la piscina, cuesta $ 10. La gastronomía incluye chuletas de cerdo, ñoquis de mandioca, pollo asado sobre un disco de arado, mandioca frita, chipá y diversos platos de comida casera. Una cabalgata de una hora cuesta $ 15 y la visita al Timbó Gigante, la casa de Ernesto Guevara y las plantaciones de yerba mate cuesta $ 20.

Reservas en Buenos Aires: Cangallo 153 (Ramos Mejía) Tel.: 0800-666-4698 4469-2610 / 4464. Teléfono en la estancia: 03751-480006 E-mail: lamisionera@aseturmisiones.com Sitio web: www.aseturmisiones.com

POR JULIAN VARSAVSKY


Mabel de Benitez

Fachada de la casa veraniega de la familia Anchorena, hoy sede del Colegio San Juan el Precursor.

PASEOS *Un recorrido por San Isidro*

Aquellas quintas de antaño

A 20 kilómetros de la Capital, el partido de San Isidro ofrece una escapada en el tiempo. Un paseo entre casas coloniales, quintas criollas y antiguas mansiones por arboladas calles con mucha historia. Ferias artesanales, museos y la zona costera ganada al río.

Durante gran parte del siglo XIX, en los barrios aristocráticos de Buenos Aires se repetía a comienzos de la primavera una escena urbana protagonizada por sirvientes de raza negra, quienes salían de las elegantes casonas cargados de baúles y petacas de cuero que colocaban sobre el techo de un carruaje en una apretada pirámide de bultos. La imagen –no exenta de cierto romanticismo viajero– anunciaba la inminente partida del viaje por caminos polvorientos que emprendían las familias de alta alcurnia rumbo a las suntuosas quintas veraniegas de San Isidro, donde pasaban largas temporadas de sosiego.

Hoy, aquel fatigoso trayecto se cubre en apenas 30 minutos. Aunque muchas cosas han cambiado, todavía es posible revivir en un paseo por las arboladas calles el ambiente señorial de las incontables mansiones y antiguos palacetes que San Isidro ha preservado a través del tiempo.

En medio de un indefinido eclecticismo arquitectónico, hay varias casonas edificadas con el mismo estilo de los cascos de estancia bonaerense, esa particular síntesis entre la tradición criolla y la cultura europea. Proliferan entonces los aljibes, las glorietas en medio de sofisticados jardines con ombúes y jacarandaes, paredes revestidas con mayólica española, enrevesadas rejas de hierro forjado y baldosones de barro cocido. En algunas de las irregulares callecitas aparecen muestras fieles de casas coloniales aún más antiguas, con sus faroles de hierro iluminando el adoquinado. No muy lejos de allí se levantan mansiones de estilo italiano del siglo XIX, chalets afrancesados de ladrillo y tejas a dos aguas, edificios de arquitectura inglesa de estilo Tudor y casas mediterráneas con paredes blancas.

Una densa vegetación ribereña avanza por todos lados unificando estilos hasta convertirse en el único rasgo común de todas las casas de San Isidro. Aquí se vive al acecho de un ejército de plantas trepadoras que avanzan por cada resquicio –incluso entre la juntura de los adoquines– cubriendo rejas, paredes, techos y el marco de muchas ventanas. En algunos casos hay elevados muros de concreto que resguardaban –y lo siguen haciendo– los sueños veraniegos de la alcurnia porteña, pero es por lo general la vegetación la que opera como un verdadero camuflaje tras el cual se vislumbran apenas las torres y cúpulas de algunos palacetes.

Más allá de sus contrastes y los inevitables brotes de modernidad, una visita a San Isidro equivale a una extraña travesía por los tiempos de la colonia y –principalmente– por los esplendores de la Belle Epoque de fines del siglo XIX y principios del XX, que en Argentina eran alimentados por la bonanza económica agroexportadora.

LA MANZANA HISTORICA A la altura del 15.800 la Avenida del Libertador se angosta y sufre una verdadera metamorfosis que la convierte en una simple calle adoquinada que anuncia la llegada a San Isidro. Hay apenas 5 cuadras de transición y al 16300 de la ahora "calle" Del Libertador –frente a la Catedral– está la Plaza Mitre, punto de partida del principal recorrido histórico de este partido bonaerense. La plaza, con frondosas tipas blancas, fue construida en 1910 junto con su reloj floral, que en su momento fue un símbolo de distinción a nivel continental ya que era el único en Sudamérica, copiado de otro muy famoso que aún existe en Edimburgo. Al estar sobre una barranca, la plaza está dividida en dos niveles unidos por una escalinata. Los domingos y feriados el nivel superior es el ámbito de una gran feria artesanal con ambiente festivo, llena de mimos, clowns, titiriteros y toda clase de artistas callejeros que ofrecen shows musicales para chicos. En la parte baja de la plaza –frente a la estación San Isidro del Tren de la Costa– se instalan los anticuarios a ofrecer libros de vieja data y manteles y ropa con 100 años de antigüedad. También hay artefactos en desuso que hoy se usan de adorno como pavas y planchas a vapor convertidas en reliquias.

Antes de emprender los circuitos históricos es preferible realizar una visita a la Oficina de Turismo Municipal ubicada en la esquina de Ituzaingó y Libertador, frente a la plaza. Allí se entrega un folleto muy ilustrativo que demarca 6 circuitos con su correspondiente mapa de calles. La otra alternativa es contratar un guía.

La primera "estación" del Circuito 1 es el Museo y Archivo Histórico Municipal –de entrada gratuita– ubicado frente a la plaza, en diagonal a la Oficina de Turismo. Por muy reticente que sea el visitante a entrar a los museos, al menos en este caso es muy recomendable ingresar al comienzo del recorrido para poder ubicarse históricamente en San Isidro. En una de las salas cuelga un mapa histórico que ilustra mejor que cualquier explicación el origen del poblamiento de San Isidro. El mapa reproduce la zona costera del Río de la Plata desde el actual Retiro hasta San Fernando. Allí hay demarcadas 65 chacras costeras de forma rectangular con unos 350 metros de frente y 5 kilómetros de largo. Cada parcela lleva un nombre, correspondiente a cada uno de los 65 cofundadores de Buenos Aires, junto con el de Juan de Garay, quien les otorgó la propiedad de estas parcelas.

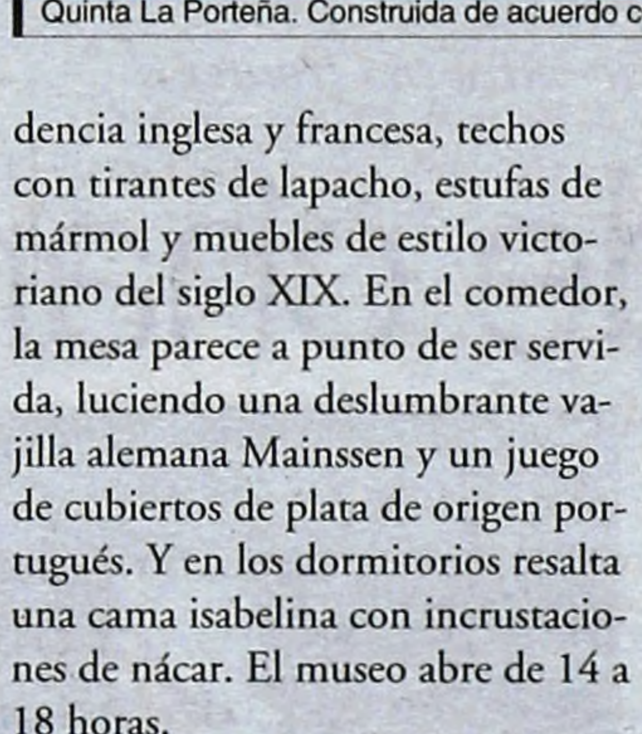
El museo está ubicado en una vieja casona colonial sin ochava, con aljibe y patio interno, levantada en 1831. En una vitrina se exponen elementos decorativos de lujo de los siglos XVII y XVIII: trozos de cerámica de mayólica esmaltada en España, manijas de bronce, remates de rejas de hierro forjado, botellas y fragmentos de loza y de tinajas. En-



La Plaza Mitre, frente a la Catedral, es el punto de partida del principal recorrido histórico.

VISITAS GUIADAS

El Centro de Guías de San Isidro dispone de un equipo de guías muy preparado, con conocimientos históricos y de arquitectura. Una visita guiada grupal de medio día cuesta $ 30. Durante el mes de enero ofrecerán las siguientes guiadas gratuitas: Casco histórico: domingo 5 a las 17 horas; Visita Ecológica: domingo 12 a las 17 horas; Acassuso y sus barrancas: sábado 19 a las 17 horas. Tel.: 4743-1854 4747-7419 Sitio web: www.guiasdesanisidro.com.ar



Quinta La Porteña. Construida de acuerdo con planos de 1840, pero en 1965.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Desde Capital Federal, colectivos 168 y 60 (ramal del Bajo). El Tren de la Costa tiene su parada a los pies de la Plaza Mitre (partiendo desde la estación Maipú, cerca de la quinta presidencial de Olivos). Y el ferrocarril que parte desde Retiro (con aire acondicionado) tarda 25 minutos hasta la estación San Isidro (ramal a Tigre). En auto se llega por la Ruta Panamericana hasta la salida de la Av. Márquez, que desemboca en el centro de San Isidro. Para llegar a algunos de los circuitos lo ideal es tener movilidad propia, aunque también se puede ir en colectivo.

Dónde alojarse: La Posada de San Isidro –recientemente inaugurada– ofrece buen confort en un edificio de estilo colonial con un jardín interior y modernas habitaciones alfombradas, equipadas con televisión, cocina y vajilla. La habitación doble cuesta $ 88. Calle Maipú 66. Tel.: 4732-1221 Sitio web: www.posadasanisidro.com.ar

Dónde informarse: En la Oficina de Turismo de San Isidro. Calle Ituzaingó 608. Tel.: 4512-3210/3209. Sitio web: www.sanisidro.gov.ar

tre las muchas curiosidades se exhibe una sombrilla "federal" elaborada en seda y encajes color rojo punzó y mango de madera tallada que perteneció a doña Pascuala Benita Clara Beláustegui, esposa de Felipe de Arana, ministro de Rosas.

LAS VIEJAS MANSIONES

Frente a la esquina opuesta al museo se levanta la imponente catedral de San Isidro, con su torre neogótica de 69 metros, construida en 1898. Al costado del templo nace la calle Mercedes Aguirre de Anchorena, donde están varias de las casas históricas más interesantes de San Isidro. La más llamativa es una casa veraniega de la familia Anchorena –hoy sede del Colegio San Juan el Precursor– que fue diseñada bajo los lineamientos renacentistas del estilo plateresco español del siglo XVI, con un fino trabajo de frisos de estuco bordeando la puerta principal y las ventanas. El paseo continúa por la calle Adrián Beccar Varela para ingresar en los terrenos que pertenecieron a Mariquita Sánchez de Thompson, donde desembocamos en un romántico balcón con banquitos y vista al río. Entre algunas construcciones coloniales aparece la Quinta Bella Vista, una típica villa italiana con una entrada de "piano nobile": una pequeña galería con dos columnas griegas sosteniendo el techo. Más adelante, sobre una barranca, está la Quinta Los Ombúes –de 1810– donde Manuel Mujica Lainez pasó varios años de su adolescencia y que más tarde la describió como "una casa hidalga por la gracia del pozo, del alero y de la teja".

La recorrida continúa por el trazado irregular de callecitas adoquinadas que por momentos carecen de vereda. La finca Los Naranjos, donde Mariquita Sánchez de Thompson organizaba sus célebres tertulias, reluce con sus paredes rojizas que combinan con una infinidad de begonias de color naranja en el patio, donde también hay un aljibe de mármol construido en 1850. Por último, otra de las casas de estilo antiguo del barrio –donde se han filmado varias novelas "de época"– es La Porteña que, si bien data de 1965, fue levantada en la calle Belgrano siguiendo unos planos de 1840, tal como lo quiso su dueña, Margarita Perkins de Anchorena.

LA CASONA PUEYRREDON

El eje del Circuito 2 de San Isidro es la antigua casona ubicada en Rivera Indarte 48, que perteneció al brigadier general Juan Martín de Pueyrredón. Su construcción data de 1790 y fue declarada Monumento Histórico Nacional en 1941. Al fondo, en un hermoso jardín perfumado de magnolias, está el famoso algarrobo de 250 años a cuya sombra el general San Martín y Juan Martín de Pueyrredón definieron los lineamientos de la futura independencia. En las salas interiores se mantiene parte del mobiliario original, incluyendo pisos de procedencia inglesa y francesa, techos con tirantes de lapacho, estufas de mármol y muebles de estilo victoriano del siglo XIX. En el comedor, la mesa parece a punto de ser servida, luciendo una deslumbrante vajilla alemana Mainssen y un juego de cubiertos de plata de origen portugués. Y en los dormitorios resalta una cama isabelina con incrustaciones de nácar. El museo abre de 14 a 18 horas.

En los alrededores del museo las calles del Barrio Parque Aguirre tienen una disposición circular y entre la tupida vegetación se vislumbran algunas de las casas modernas más deslumbrantes de San Isidro.

LA RIBERA El recorrido por la zona costera de San Isidro conforma el Circuito 3 que abarca una serie de espacios ganados al río. Desde el Espigón de Pacheco se pueden pescar bogas y pejerreyes con una espectacular vista de la hilera de rascacielos porteños al fondo. El recorrido costero por la calle Elcano pasa por la estación Barrancas del Tren de la Costa, donde hay otra feria de antigüedades. Y a pocos metros está la Reserva Ecológica Ribera Norte.

En las márgenes del arroyo Sarandí se recorre la famosa zona náutica de San Isidro (Circuito 4) donde están el Club Náutico San Isidro y el Boating Club, que se caracteriza por tener una larga serie de casas con amarradero propio a la entrada. La calle Uriburu desemboca en la pintoresca estación de tren Punta Chica, casi al límite con San Fernando. Y en los alrededores de la Avenida del Libertador al 16700, en la calle Elortondo 1811, se encuentran otras viejas casas veraniegas de la aristocracia porteña, entre ellas la que perteneció a Victoria Ocampo. El Circuito 5 recorre la variada oferta gastronómica sobre Libertador y termina en el cruce con la calle Pacheco, donde está el convento de estilo colonial Siervas de María.

El Circuito 6 –en los alrededores del hipódromo– es uno de los más completos e incluye la sede del Jockey Club de Golf, edificada con un estilo Tudor de origen inglés. Casi al lado está el tradicional San Isidro Club (SIC), célebre por su equipo de rugby. Dentro del circuito se visita el elegante Barrio Lomas de Beccar –uno de los más hermosos del partido– con sus calles arboladas con frondosos plátanos. Allí está el Centro de Peregrinación Nuestra Señora de Schönstatt, con su hermosa capilla de estilo nórdico, una verdadera joya arquitectónica en los bosques de San Isidro.

La complejidad de San Isidro no se puede abarcar en una tarde, así que quienes deseen disfrutar de cada recoveco verde de este partido tienen la opción de alojarse en la Posada de San Isidro y pasar allí el fin de semana. Y como forma de englobar los distintos lugares, los amantes del deporte pueden disfrutar de una senda aeróbica que se extiende desde Olivos hasta San Isidro, convocando a los adeptos de las bicicletas, el footing, los roller y las caminatas.

Gentileza Norberto Domingo Bolzón


El atardecer enrojece el paisaje litoraleño del río Uruguay.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Desde la Terminal de Omnibus de Retiro, por las empresas de ómnibus Flecha Bus o El Tata. Informes: 4312-1479.

Dónde alojarse: La hostería Okapi cuenta con habitaciones con baño privado, televisión por cable, aire acondicionado, salón de usos múltiples, biblioteca y pileta de natación. La habitación simple con desayuno y acceso a la pileta cuesta $27. Doble $43, y triple $55.El día de campo con actividades y paseos a caballo y sulky, asado, empanadas, vino y pastelitos, entre $20 y $30 por persona. Reservas: (03775)424536, e-mail: hosteria@okapi.com.ar, www.okapi.com.ar Se deben hacer las reservas de antemano, ya que no todos los fines de semana las estancias se encuentran abiertas al turismo.

Excursiones guiadas: El circuito por las islas en lancha municipal cuesta $2. Con desayuno, asado y avistamiento $20. Los senderos para descenso y circulación aún no están concluidos.

Más información: Dirección de Turismo Monte Caseros (03775) 422411/15 o 422750, e-mail: muni@caserosdigital.com.ar.

CORRIENTES *Un itinerario entre tres fronteras*

Aires de chamamé

El corredor turístico del río Uruguay, a 600 kilómetros de Buenos Aires, es una opción diferente para pasar un fin de semana. Paseo por las islas, visita al pueblo uruguayo de Bella Unión y al brasileño Barra de Quari, actividades acuáticas, turismo rural, asado y mucho ritmo de chamamé.

POR MARIA AMALIA GARCIA

Un paisaje cubierto de vegetación, rico en olores, sabores y leyendas, moldea no sólo las costas del río Uruguay sino también los pueblos ribereños y su cultura. Es el paisaje del corredor turístico ubicado a la altura de la ciudad de Monte Caseros en la provincia de Corrientes, a 600 kilómetros de Buenos Aires. Junto con Barra de Quarai, de la República Federativa de Brasil, y Bella Unión, de la República Oriental del Uruguay, conforman un punto tripartito que se puede descubrir en lancha por el camino de las islas. Y así aparecen Correntina, Mbiguá, Islote y Brasileña, en ese orden, custodiadas por el encanto del fluir manso y lento del río, en medio de una fauna de carpinchos, vizcachas y lobitos de río que conviven en armonía con garzas, gansos salvajes, patos, teros y hasta algún yacaré escapado de las garras del hombre.

El paseo permite combinar diversos itinerarios de acuerdo con las preferencias de los visitantes. Desde avistajes de aves y deportes náuticos hasta turismo rural, asados y chamamé. Pero también descubrir historias y leyendas sobre antiguas rutas de carretas argentinas y orientales, como el peligroso Paso de los Higos donde, según cuentan los lugareños, en negras noches sin luna cayeron en tiempos pasados varias carretas cargadas con tesoros que aún continúan bajo las aguas.

Un día de asado y cabalgatas por el campo correntino.

Al llegar a Bella Unión –un municipio pintoresco, tranquilo, caracterizado por automóviles de la década del '60 que transitan la siesta y la idiosincrasia del pueblo uruguayo–, se puede compartir un almuerzo, visitar una pequeña bodega y catar sus vinos. Más adelante, cruzar a la brasileña Barra de Quarai, otra población tranquila, de trece manzanas con una calle principal donde abundan comercios de electrodomésticos y alimentación, para emprender finalmente el regreso por el verde intenso del paisaje isleño. Igual que el río, cambiantes, a veces transitables, otras arenosas, las islas pueden incluso desaparecer por completo de la superficie, sumergidas durante alguna crecida.

Nuevamente en tierra, la ciudad de Monte Caseros invita a caminar por sus amplias calles de 36 metros con bulevares y por la extensa costanera que serpentea el contorno del Uruguay, aspirando el olor del río y el perfume de los jazmines, y envidiando un poco la calma de sus habitantes, quienes aún acompañan la caída de la tarde sentados en la vereda.

En los alrededores de la ciudad se puede elegir otras opciones de interés turístico, como pasar un día de estancia en San José del Miriñay, a 12 kilómetros de la ruta 14, sobre la margen izquierda del río que le dio su nombre, o pasear a caballo y en sulky, y también aprender algo del trabajo rural en La Querencia, a unos pocos kilómetros de Monte Caseros. Al mediodía, deleitarse con un sabroso asado al aire libre que va llegando a la mesa en bandejas de carne humeante, chorizos de cerdo y chinchulines, acompañados por vinos tintos y blancos. Finalmente, la comida culmina con los dulces pasteles criollos y la alegría chamamecera que acercan los grupos musicales de la zona. Con todo eso, ¿quién no se anima a bailar el chamamé?

Después, cuando el atardecer enrojece las aguas del Uruguay, es el momento de sentarse frente al río y dejarse llevar por la serenidad que fluye del paisaje litoraleño, tratando de guardar un poco para el regreso a la agitada vida de todos los días.